

LA AUTOCRÍTICA DEL CRÍTICO AYALA EN EL PRÓLOGO A *LOS USURPADORES*

CAROLYN RICHMOND
City University of New York

A lo largo de su larga, prolífica y multifacética vida de escritor público, Francisco Ayala ha venido ejercitando simultáneamente dos actividades literarias independientes y sin embargo complementarias que, consideradas desde un reducido enfoque personal, acaso nos lleven a una mayor comprensión, no sólo de aquélla –a primera vista– fragmentación en distintos campos de sus dotes intelectuales, sino también de la honda unidad que detrás de éstas yace. Se trata del Ayala crítico cuya labor, tanto en un amplio terreno ideológico como en el –más restringido– de comentarista de su propia obra, ilumina de un modo especial la del Ayala narrador, autor de invenciones imaginarias tan variadas entre sí. Este continuo proceso de autocomentario, relacionado sin duda alguna con otras dos manifestaciones de su personalidad –la de crítico literario y la del autor de unas memorias personales–, implica el incesante diálogo entre las dos actividades de nuestro escritor –artista e intelectual, creador y pensador– del que se desprende aquella “imagen única”, formada de piezas combinadas “como los trozos de un espejo roto”, a que se asoma Francisco Ayala en su epílogo a *El jardín de las delicias*.

El Ayala crítico, ya mediante el análisis objetivo, ya en sus reminiscencias íntimas, pretende no sólo convencer intelectualmente a su eventual lector mediante una fría lógica, sino también influir sobre él y hasta seducirle emocionalmente para que, renunciando en parte a su propia distancia objetiva, acabe identificándose con las posiciones del escritor cuya voz le llega, inconfundible, desde ensayos, conversaciones, epístolas, memorias, meditaciones y ciertas tardías invenciones suyas que se resisten a cualquier clasificación. También se oye en los prólogos que, con diferentes perspectivas –desde la explicación histórico-personal del Proemio a *La cabeza del cordero* hasta la supuesta anécdota circunstancial que constituye el Prólogo a *El rapto*; desde el episodio parisién con que da entrada a la primera sección de *El jardín de las delicias* (en contraste

con el íntimo lirismo del epílogo del libro) hasta el estremecedor autorretrato que precede a la última edición de *Recuerdos y olvidos*— dan acceso a muchas de sus obras de creación literaria. Entre esos diversos escritos introductorios, sin duda el más complejo en cuanto a contenido y técnica narrativa sea el apócrifo “Prólogo redactado por un periodista y archivero a petición del autor, su amigo”, firmado por “F. de Paula A. G. Duarte” y fechado “Coimbra, primavera de 1948”, pieza a la vez enigmática y sin embargo tan reveladora, que antecede a las narraciones y al elegíaco “Diálogo” final de *Los usurpadores*. Ese análisis, hecho bajo disfraz por el Ayala crítico y narrador consciente —texto que ha sido estudiado, dicho sea de paso, por comentaristas como Amorós, Ellis, Escudero Martínez, Hiriart e Irizarry—, no sólo está relacionado con las ideas que el autor enuncia en sus ensayos de aquella época sino que ofrece asimismo unas cuantas indicaciones de tipo estético que nos permiten apreciar mejor la estrecha compenetración entre la materia tratada y el estilo del libro.

La redacción por un autor —a posteriori, claro está— de un prólogo a un libro suyo puede responder a diversos impulsos y obedecer a una pluralidad de intenciones, desde lo informativo hasta lo apologético y justificatorio. En el caso de *Los usurpadores*, el supuesto “amigo” portugués del autor Francisco Ayala pretende estar cumpliendo en su Prólogo un doble encargo suyo: el de recordar —en verdad, informar— a los lectores originales (argentinos) de la previa trayectoria narrativa de un escritor español conocido de ellos entonces sobre todo por sus numerosos trabajos de teoría política, sociología y crítica literaria, y a la vez, el de explicar los “motivos e intenciones” del volumen prologado (al que todavía no se había incorporado *El Inquisidor* —1950—, relato que se agregaría luego al ciclo en el tomo de las —entonces— *Obras narrativas completas* —1969—). Aunque el primero de estos cometidos, encaminado a paliar quizás la reacción de sorpresa frente a una obra de creación imaginaria suscrita por alguien cuya firma era más bien tenida por la de un escritor profesoral, cae dentro de la normal competencia de un prologuista ajeno, el segundo, que requiere estrecha familiaridad con los designos literarios del autor, en ningún modo debería de ser competencia suya, a menos que, como ahí se sugiere, se reduzca a servir de simple portavoz al propio autor, único capaz de elucidar las “intenciones latentes” detrás de su obra. Esto autoriza la sospecha de que el narrador pudiera haberse desdoblado en presentador de su propio libro, bien sea por persona interpuesta, bien mediante un pseudónimo o firma disimulada. Siendo éste último el caso en *Los usurpadores* (un recurso que por lo demás pasó inadvertido para algunos críticos durante años), su Prólogo, sin perjui-

cio de la misión explícita de aclararle al lector las circunstancias personales del escritor Francisco Ayala en aquellos momentos, ha pasado a convertirse, no sólo en el ensayo crítico que presenta una obra de imaginación, sino también –según él mismo ha dicho en repetidas ocasiones– en “una narración más” dentro del volumen.

Aunque es probable que la engañosa ficción de un prólogo ajeno, destinado a “esclarecer” a lectores cuya propia valoración artística se solicita en frase final de disfrazado reto, tenga algo que ver con la posición solitaria del autor, segregado de su público natural a raíz de la guerra civil, lo cierto es que evidencia en Ayala, escritor intelectual después de todo, plena conciencia, no sólo de sus intenciones originales y medios operativos, sino también del resultado artístico de su obra. La invitación al lector para que juzgue por sí mismo corresponde, por lo demás, a la actitud liberal del autor y a su respeto por las capacidades e independencia crítica de los lectores; aunque tampoco deba hacernos olvidar la firme confianza que el pseudoprologuista expresa en las dotes del narrador y, por consiguiente, en la calidad literaria del volumen que le ha tocado presentar.

El Prólogo a *Los usurpadores* trae a la mente otros dos “prólogos” ayalianos de aquella época, que, sin la complejidad *autorial* del que nos ocupa, y suscritos ambos con las iniciales “F. A.”, delatan preocupaciones parecidas a las que hasta aquí se han apuntado. Las breves palabras introductorias –ni siquiera tituladas “prólogo”– que anteceden a *El Hechizado* en su primera edición (1944), procuran explicar el relato adelantándose al “desconcierto” que se supone causaría “una novela sin vida humana, aun cuando esté poblada de personajes”, e identificando también, en beneficio del lector no “avisado” (recuérdese que el librito se publicaba en Buenos Aires), al monarca español que la historia conoce por ese sobrenombre. Importa subrayar aquí ante todo la conciencia artística del Ayala autocomentarista, quien, en pocas frases, ofrece a su lector un sucinto análisis del tema central de la *novella*, comparándola con otro relato suyo anterior, incorporado luego a *Los usurpadores*, *La campana de Huesca* (1943), el cual, por cuanto declara su asunto “con directa ingenuidad”, no había necesitado ninguna introducción por parte del autor. De indudable interés es también la alusión que al comienzo hace Ayala a “una serie de novelas ejemplares –aún por escribir en su mayoría–”, dentro de cuyo conjunto la “cerrada composición literaria” de *El Hechizado* “adquirirá el cabal sentido que a su intención corresponde”. Todo ello revela tanto el estado de gestación como la proyectada unidad artística del conjunto, pensado ya como algo más que una colección de piezas sueltas.

El otro de los prólogos en cuestión, esto es, el Proemio a *La cabeza del cordero*, va suscrito por “F. A.” y fechado “Buenos Aires, abril 1949”, siendo así estrictamente contemporáneo al de *Los usurpadores*. Es, como ya se dijo, básicamente una introducción de tipo explicativo que, al procurar situar las narraciones del volumen dentro del contexto histórico de la guerra civil española, ofrece al mismo tiempo una información bastante detallada acerca de la trayectoria literaria de su autor, complementaria de las escuetas alusiones contenidas en el apócrifo Prólogo coetáneo. Partiendo de las circunstancias histórico-personales suyas –“las obras engendran la figura del autor en la matriz del tiempo”–, traza Ayala una auténtica autobiografía artística e intelectual, relacionada a su vez con el importante ensayo de aquel mismo año, “¿Para quién escribimos nosotros?”. A no ser por su objetividad –que supera y alivia el agudo dolor causado, según él, por “la condición a que me ha forzado un mundo en disloque”–, las primeras páginas del Proemio podrían pasar por una auténtica confesión. Pero esto no corresponde al talante de la persona real que –sin llegar al enmascaramiento del Prólogo a *Los usurpadores*–, y tal se ha seguido mostrando a lo largo de las décadas, un hombre muy reservado, solitario e independiente. Hay, pues, en este Proemio tan directo en apariencia un algo de esquivo y elusivo que nos recuerda el artificio del otro Prólogo. En ese libro anterior, la inconfundible voz del escritor Ayala, que sonará tan afirmativa del yo en el Proemio, había sido sustituida por la de una *máscara* amistosa, tras de la que el autor se oculta para no aparecer inerme ante sus lectores. Ahora, en el Proemio, su modo de ocultación será más sutil, como recurso discreto contra la exhibición del dolor causado por su situación personal de exiliado.

Su respuesta a la crisis de ese “mundo en disloque” salido de la Segunda Guerra Mundial es indirecta: sirviéndose de su propio país como ejemplo, Ayala trata de la guerra civil española de un modo oblicuo, proyectando “sobre diferentes planos del pasado angustias muy de nuestro tiempo” en los relatos de *Los usurpadores*, y presentando en *La cabeza del cordero* el tema de la guerra civil misma “bajo el aspecto permanente de las pasiones que la nutren”. Evita, pues, en sus narraciones el asunto principal y la intolerable angustia con él asociada (sólo en las voces del elegíaco *Diálogo de los muertos*, epílogo del libro, puede escucharse el lamento), soslayando así en su “perfil público” una definición partidaria. Ya al comienzo del Proemio declara haber “desdibujado adrede, una vez y otra” su carrera literaria. Desde esta deliberada postura, que elude cualquier definición o “encasillamiento”, Ayala se dirige sin embargo a sus lectores en un tono de seguridad –y hasta soberbia–

intelectual, acaso vestida de paradójica humildad, que bien pudiera ser autodefensa frente a las circunstancias de aquella hora, bien que todavía pueda detectarse siempre de nuevo en sus posteriores actitudes, tanto discursivas como creativas.

Con el mismo seguro aplomo, el narrador, ahora metamorfoseado en crítico, ofrece en el Proemio al “lector desamparado” un sucinto análisis del libro, cerrando no obstante su introducción con un pasaje introspectivo donde –igual que al final de los otros dos prólogos– entrega todo por fin, pese a la confianza del escritor en sí mismo, al juicio del lector: “tal seguridad –dice– no excluye, ¡ay!, el azoramiento, no elimina la duda, no libera de esas penosas perplejidades que todo escritor consciente siente ante su obra...”, palabras éstas que hacen pensar en las que saldrían de su pluma cuando, unos veinte años después, escriba el lírico epílogo de *El jardín de las delicias*.

Volviendo, pues, al Prólogo de *Los usurpadores*, notemos que a su texto, mantenido íntegro en sucesivas ediciones del libro, se agrega a partir de la de 1970 una breve posdata, suscrita por “F. A.”, para explicar ahí la inclusión de una nueva historia, *El Inquisidor*, “perteneciente –según él– a la misma vena, que yo había creído agotada, pero que aún dio ese fruto tardío. Ahora –concluye– queda incorporada al ciclo donde corresponde”. La antes utilizada palabra “serie”, que sugiere algo rectilíneo, ha sido sustituida aquí por otra de significado circular, “ciclo”, vocablo que, junto con las metáforas de “vena” y “fruto”, hace pensar en los procesos naturales.

Ayala volvería a comentar el contenido de *Los usurpadores* en varias ocasiones posteriores, sin añadir –salvo en una sola excepción– nada nuevo. Esa excepción, la “Carta literaria a H. Rodríguez Alcalá” (1963), pretende responder al desconcierto expresado por dicho crítico frente a “ciertos rasgos de la última fase” de la obra ayaliana, sobre todo “el supuesto *debunking* del hombre” y la coexistencia en el volumen *El as de bastos* de “dos estilos”: el “noble” de *El Inquisidor* (incluido en esa recopilación), por contraste con el denominado “escatológico” de otras obras suyas que a Rodríguez Alcalá le habían resultado *shocking*. Ayala nunca se ha echado atrás frente al debate público; reaccionando aquí, con cierta mal disfrazada indignación, ante un “cuestionario que a ratos es requisitoria y hasta capítulo de cargos”, emprende a continuación un autoanálisis literario magistral que, dentro de un contexto más amplio y con referencias a autores como Cervantes, Quevedo y Valle-Inclán, así como a algunos comentaristas de su propia obra, demuestra con ejemplos específicos que no hay diferencia de calidad en los materiales

empleados por él tanto en *Los usurpadores* como en su narrativa posterior. La diferencia entre una y otra época, según él, estaría en el tono, y el cambio de tono no obedecería a “una decisión arbitraria y premeditada del escritor” (aquí Ayala se distancia de su obra mediante el empleo de la tercera persona). “El escritor –explica ahí, con palabras que recuerdan las del Proemio– opera siempre en respuesta a la experiencia que el mundo le ofrece: hace con ella lo que puede, y sólo está obligado a tratar de hacerlo, eso sí, lo mejor que pueda.” La visión de *Los usurpadores* que, a base de ejemplos concretos, ofrecerá en este ensayo, más de una década después de la publicación del libro, viene a iluminarlo de un modo parecido al de su anterior emparejamiento con *La cabeza del corde-ro*, lo cual demuestra en efecto que todos los escritos de Francisco Ayala forman parte en realidad de un grande –y todavía inacabado– conjunto cuya verdadera unidad, sentida sin duda por su autor, quizá llegue a captar un día aquel lector a quien –según el final de su ensayo– hay que “envolver” e “implicar” en “el cuento de la mísera condición humana”; pues, si –como él concluye– “el único camino de salvación está en escrutar el fondo último de la propia conciencia en nuestra existencia misma”, su obra literaria, tanto artística como intelectual, le proporciona a cualquiera que se atreva a asomarse a ella un claro espejo de la propia conciencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AMORÓS, Andrés (1978): "Prólogo" a *Los usurpadores* y *La cabeza del cordero*, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 9-26.
- AYALA, Francisco (1963): *El as de Bastos; De raptos, violaciones, macacos y demás inconveniencias*, Barcelona, Seix-Barral, 1982.
- AYALA, Francisco (1949): *La cabeza del cordero*, Madrid, Cátedra, 1989.
- AYALA, Francisco (1963): "Carta literaria a H. Rodríguez Alcalá". Recogida en *El escritor en su siglo*, Madrid, Alianza, 1990.
- AYALA, Francisco (1944): *El Hechizado*, Buenos Aires, Emecé.
- AYALA, Francisco (1971): *El jardín de las delicias*, Madrid, Mondadori, 1990.
- AYALA, Francisco (1969): *Obras narrativas completas*, México, Aguilar.
- AYALA, Francisco (1965): *El rapto*. Recogido en *De raptos, violaciones, macacos y demás inconveniencias*, Barcelona, Seix-Barral, 1982.
- AYALA, Francisco (1988): *Recuerdos y olvidos*, 1. Del paraíso al destierro 2. El exilio 3. Retornos, Madrid, Alianza.
- AYALA, Francisco (1949): *Los usurpadores*, Barcelona, Seix-Barral, 1988.
- ELLIS, Keith (1964): *Los usurpadores, El arte narrativo de Francisco Ayala*, Madrid, Gredos, pp. 60-98.
- ESCUADERO MARTÍNEZ, Carmen (1989): *Los usurpadores*, cap. IV de *Cervantes en la narrativa de Francisco Ayala*, Universidad de Murcia, pp. 35-56.
- HIRIART, Rosario (1972): "Dos prólogos de Francisco Ayala", *Insula*, año XXVII, núm. 302, enero 1972, pp. 1 y 12.
- IRIZARRY, Estelle (1979): "Un prólogo apócrifo de Francisco Ayala". En *La broma literaria en nuestros días: Max Aub, Francisco Ayala, Ricardo Gullón, Carlos Ripoll, César Tiempo*, Nueva York, Eliseo Torres, pp. 49-77.
- IRIZARRY, Estelle (1987): "The Ubiquitous Trickster Archetype in the Narrative of Francisco Ayala", *Hispania*, 70, mayo, pp. 222-230.